

Una muchacha formal

Marie Lourties

EL MARCO: una provincia francesa; la época: principio del siglo pasado; los *dramatispersonae*: una muchacha (mi abuela) recién salida del convento, un oficial del ejército, una mujer casada. La trama: la muchacha se desposa con el oficial. A los ocho días de casados, la guerra, la Grande, es declarada. Queda truncada la luna de miel por movilización del oficial. Será uno de los primeros muertos de la contienda y su joven viuda, vuelta a la casa paterna, recibe las pertenencias de su marido muerto en el campo del honor. Entre las cuales, encuentra un atado de cartas. Así es como aprende que eran tres en el viaje de bodas.

Y ¿cómo siquiera contaros una historia que no haya sido ya contada? Las historias, como el amor o el fútbol, son todas iguales. ¿No es la comedia humana una *commedia del arte*, con sus urdimbres ya tensadas y sus lanzaderas, solemnes o bailarinas, ágiles o torpes, alocadas o acompasadas, ya prontas a arrastrar los hilos, rojos de la sangre, blancos de la pureza, amarillos de la pasión, negros de la muerte, para que se vaya tejiendo la pieza? Van y vienen los protagonistas, van y vienen, van y vienen, repitiendo la historia que, de repetición en repetición, sin embargo difiere. Como cabalguen sobre el hilo de la risa, darán una comedia de enredos; como cumplan con los formalismos de la naturalidad, una comedia dramática; como apoyen el trazo, un melodrama; como alcancen a la cumbre para luego precipitarse al abismo, una tragedia; como, en fin, recorran la trama hacia el horizonte de su verdad, una epopeya.

Esta historia, la suya en todos los sentidos, de la que había sido protagonista y de la que era, ahora, en ese momento en que la contaba, la autora, me la confió mi abuela pocos días antes de morir. ¿Lo sabíamos? Creo que sí. En los años que la conocí, jamás había contado nada de sí misma. Era una mujer sumamente discreta. Tan sólo en esa última tarde

que pasamos juntas, habló. Y creo que ambas supimos que era nuestra despedida. Tal vez cediendo a la presión del presentimiento funesto, tal vez por no quedarme con un banal *vodevil*, me atreví a preguntarle:

—Y tú, abuela, ¿qué sentiste cuando ibas leyendo las cartas?

Entonces, para mi sorpresa y mi alegría, su rostro se iluminó, su mirada se clavó en mí como para hacerme entender que había llegado el momento de legarme un secreto fundamental y dijo en un ademán trémulo y solemne:

—Entonces, supe lo que era una mujer enamorada.

Recogí el legado, emocionada y maravillada. Sobre la piel ya apergaminada de mi abuela, vi aparecer las mejillas coloradas de aquella muchacha devorando a escondidas las cartas de amor, las primeras que llegaban a sus manos, descubriendo las palabras encendidas, las palabras prohibidas, exaltadas, cuyo trazo dice tanto o más que ellas mismas, la intensidad del deseo, del deseo irresistible de colmar el vacío de la ausencia, de obviar los tiempos del verbo pasado y futuro escribiendo y reescribiendo aquí y ahora el presente del placer, su fulgor y su apremio. Descubriendo lo que ella aún no había conocido, entregada por sus padres a un señor, probablemente cortés y afable, puede ser incluso que experto en el cumplimiento de sus deberes matrimoniales. Descubriendo, sí, qué distancia entre éstos y lo que dejaban suponer las cartas. Vi cómo la sonrisa de mi abuela se fundía con aquella sonrisa temblorosa que asomaba entre las lágrimas de la joven viuda cuyo cuerpo se estremecía lleno de savia al tiempo que, esfumado el rigor de un luto forzoso, sus dieciocho primaveras se abrían a la vida.

Nunca olvidaré la alegría salvaje que, el tiempo de un relámpago, inundó la cara de mi abuela, esa cara de anciana, marchita, que de pronto brilló como la de Natacha embriagada por la carrera en trineo en la noche helada y estrellada del invierno ruso. Aquellas cartas encontradas luego de varios años de vida conyugal normal, una tarde de tedio y desazón cualquiera, hubiesen abierto un caudal de recriminaciones que, por fin, encontrarán una prueba fehaciente donde arrimar sinsabores erráticos y flotantes, un hecho tangible a partir del cual articular una declaración de guerra, elaborar estrategias, hubiesen proporcionado, en fin, un muerto para el llanto. Como años más tarde en relación con la época de los hechos pero muchos años antes de la del cuento había espetado mi abuela a su nuera:

—¿Qué lloras, Adela?, ¿tus ilusiones? Pero, si no eran más que ilusiones... Hay que llorar sobre muerto.

Desde luego. La pregunta es: ¿sobre qué muerto? ¿Cómo iba a llorar mi abuela sobre un marido muerto apenas estrenado? Mientras que su nuera, muy tempranamente huérfana por esa misma guerra que había enviudado a mi abuela, tal vez lloraba amargamente aquel muerto tan impalpable, tan fugaz como había sido para ella su padre, creyendo llorar por un marido intermitente. Como probablemente seguía llorando "la otra", la "otra" de mi abuela, que sí había tenido el tiempo de quererlo y perderlo dos veces.

Pero las cartas vinieron a parar, de la manera más legal del mundo, a manos de una jovencita aletargada, en suspenso entre un matrimonio fantasma y una viudez irrisoria. La ley del parentesco que la había precipitado en el limbo de la virginidad perdida sin dejarle respiro le devolvía la posibilidad de articular una vivencia. Esas palabras escritas, que no eran suyas, que nunca había sentido, ni sufrido, ni gozado, ni siquiera imaginado, desde luego le pertenecían.

Es un cuento iniciático, como corresponde a los que cuentan las abuelas. Nunca olvidaré mi admiración. Sentí como nunca un respeto infinito hacia mi abuela. Remitió el peso de mi orgullo y mi arrogancia de joven liberada llevados en solitaria hasta ahora: encontraban, por fin, dónde y cómo eslabonarse. Me enamoré de esa muchacha tan alejada de celos, dramas, rivalidades y puñetas. Me enamoré de esa muchacha ávida de conocer, curiosa de vibrar. Me enamoré de esa muchacha tan formal a quien le había sido otorgada la gracia de un momento fundador tan inconformista.